

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CARRERA DE SAN FRANCISCO, 13 :-: APARTADO DE CORREOS 694 :-: TELÉFONO 5.075 :-: 16 PÁGINAS, 5 CÉNTIMOS :-: 26 EJEMPLARES, 75 CÉNTIMOS :-: SE PUBLICA LOS DOMINGOS :-: AÑO II :-: NÚM. 45 :-: MADRID, 9 MAYO 1918.

El amo de la casa.



—¡Vaya con el perrito; siempre ensuciando el suelo! Si no fuera por la influencia que tienes con la señorita, te metía en el cubo.





Otelo con seltz.

Yo gozo de una propensión horrible a la descacharración particular. Ver una señora de esas que provocan más codicia que el escaparate de una casa de cambio y entregarme al síncope, es una cosa "estalactita", que decimos los intelectuales. Porque si bien hasta ahora el síncope no era más que una manera cómoda de terminar las broncas conyugales, mi personita serrana lo ha convertido en un medio de exteriorización admirativa.

Claro que yo soy espeluznante en lo concerniente a arrebatos amorosos. Pero también es verdad que hay cada señora por esas "rúes" como para acordarse una locura de las penumbras discretas. Y si no, ahí va eso. Y agárrense la acometividad individual, porque el "ejemplo" es de los que acardenalan: ¡Olimpia Bejarano!... El problema de las subsistencias, resultado, con dos ojos más negros que una sección continua.

Bueno, para definir a Olimpia no hay más que soltarse el pelo, hacerse el loco un par de veces y echar mano de la "destoiletización" individual a base de mordiscos. Y ya notarán ustedes que hoy vengo algunos centímetros de revoltoso. Pero esto tiene una explicación fronteriza, teniendo en cuenta que a servidor le "aliena" la señora en cuestión; más clarito, que a mí me gusta Olimpia... o sucia. Y no dirán ustedes que, en cuanto a derroche de léxico, "mangue" se arranca por economías.

La verdad por delante, y si puede ser desnuda, mejor. Y ahora que hablo de desnudez, permítame la "brotación" de una aventura, que tiene relación ceñidísima con la tontería de personita serrana que hemos nombrado hará cosa de unas ocho líneas.

La acción es en Andalucía, la patria de las flores y de los pases naturales, del cielo azul y del pollo que suscribe. Grande por esto como por lo otro, y vaya un suspirito "acongojao", que me estaba haciendo mucha falta.

Cuando yo digo a estar florido... ¡ni que me hubieran "regao"! Pero demos media verónica a este conato de flexibilidad... y "nuestro cuerpo a la arena", que digo yo cuando me siento clásico.

Decíamos que fué en Andalucía, pero nos faltaba añadir que lo de menos era el lugar de la acción. En Tolón que hubiese sido, no dejaría de ser una aventura estupenda.



El.—¡Julia, por última vez!
Ella.—Olvida usted que no soy dueña de mis actos.
El.—¡Pruebe usted!

Olimpia estaba casada. Su marido era un hombre atlético, bruto, definitivo. Un puñetazo de aquel hombre, según mi creencia, equivalía a "diñarla" irremisiblemente. Bueno, pues los hay "gaza-peantes". Aquel hombre me resultó más débil que un "¡Estate quieto, que nos van a ver!", tan de moda en casi todos los bancos del Retiro.

Verán ustedes. Olimpia y yo nos conocimos en la calle. Servidorito la susurró un par de frases volcánicas, estrechándome de una forma "ostrícola" y estirando el perfil como los mismísimos emperadores romanos.

Olimpia se hizo la "clorótica" y me tiró, a paso de banderillas, una mirada, que sonriáanse ustedes del fuego de las Salesas. Claro que yo, cada vez más ceñido y emocionante, la hice el "remanguillé" de darla una "mijita" de parlantaría, cuidando del contorno y entregándome por completo en la instrumentación de las palabras acariciadoras. (Con otro parrafito así, ¡soy del moro!)

Especificando, que decimos en casa; que Olimpia se dejó querer, con una ebullición de gusto por mi parte.

—Le advierto a usted que soy casá.

—¡Me es "hipotético"! Los maridos para mí... ¡pan deglutido!

—¿De veras?

—De verdura.

—Pues retírese usted.

—¿Con hora?

—A las diez de la noche.

—¿Y respecto a penetración?...

—Por la puerta falsa.

—No habrá perro, ¿verdad?

—Pero hay marido.

—Agradezco el detalle. Hasta luego.

Bueno, el final se lo pueden ustedes reconstituir. Entrada nocturna por una puerta, que era falsa además de tener hoja; labios femeninos que me brindan un almacén de cosas ricas; gabinete elegante, que se vislumbra al final de un pasillo... ¡Lo "apoteósico"! Y, bueno, ¡pa qué! Sonriáanse ustedes del bienestar aldeano. Pero horrorícense con el epílogo adjunto.

—¡Esposa infame!... ¡Caballero criminal!...

—¡Yo, señor mío!...

—¿Sabe lo que cuesta el hecho que acaba usted de consumir?

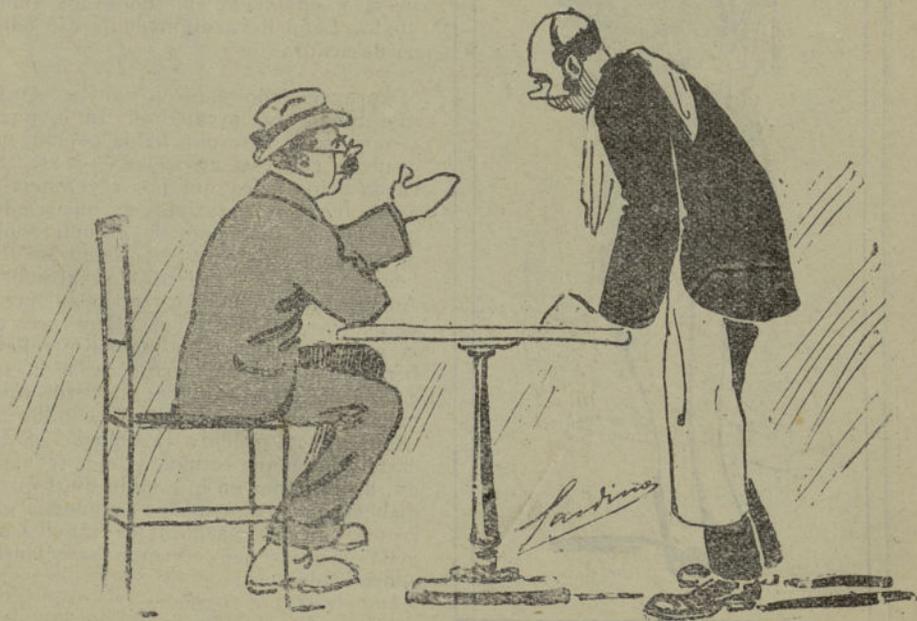
—¡Me mata!—pensé horrorizado.

—Pues... ¡diez pesetas! Apoquine el pollo, y dése la "pira".

Así lo hice, y hasta hoy.

Antonio Morillas.

Un taurófobo.



El parroquiano.—Traeme café y no me hables de cuernos.

El camarero.—Está bien don José: Aquí estuvo su señora con un amigo de usted a buscarle.

Las postales.

Estas ciudades castellanas, vistas poco menos que al pasar—como el cronista acaba de hacerlo—envueltas en la niebla transparente, azul y blanca, que a

UNA DONCELLA FILOSOFICA



—Yo creo que con estas piernas hay derecho a ser señorita.

todas horas se posa sobre ellas durante esta época, parecen vivir el dulce ensueño de unos amores heroicamente románticos. Fijándose en lo tortuoso, estrecho y sombrío y yerto de las calles, en las fachadas de los grandes edificios antiguos, se advierte a simple vista el gran valor de los verdaderos documentos históricos.

León es triste y es bello. Su tristeza es nostalgia de un pasado lejano y glorioso, que los menos de sus habitantes recuerdan y a casi ninguno preocupa. Su belleza es severa y simpática; su gesto es digno, y produce al cronista admiración y le inspira respeto. Presidido por las torres de su hermosa catedral—torres agudas que parecen clavadas en el cielo, a guisa de sostén—, León se yergue señorial, altiva y noble, vistiendo el mismo manto de corte con que se sentó en el trono la última vez. Un manto rico y carcomido ya, y bordado en oro, de tenues reflejos amarillentos cuando la besa el sol.

Unos arquitectos chirles han ultrajado a la egregia durmiente, construyendo ante ella unas casas muy altas, muy blancas, muy feas, imitación ridícula del "estilo inglés"—como alguien nos dijo—, en la forma; yeso, cal, purpurina... ¡Oh, las imitaciones!... ¡Como si esta bendita España necesitara copiar algo de los de fuera para ser grande y hermosa y envidiada en todos los sentidos!... León lleva dignamente ese odio desacato...

* * *

Aprovechando unos instantes, quisimos reconocer la catedral. En la puerta por donde entramos había colgado un cuadrado con esta atrocidad escrita: "Se ruega a los fieles, que por reverencia al santo lugar y "principios de buena educación", se abstengan de escupir sobre el pavimento de esta S. I Catedral." La lectura de este "ruego" nos asombró. Aquel cuadrado hablaba poco en favor de los leoneses. Entramos. Muy cerca de la puerta, manchando un bajo relieve hermoso de un sepulcro, pendía la suciedad de un salvaje que un cerdo o un malvado había echado allí. El cabildo no debió nunca ordenar la colocación del cartelito, aunque estuviera bien redactado; debió poner en el templo unos guardianes robustos, armados de sendos garrotes, con que machacar el cráneo a las malas bestias que cometen semejantes enormidades.

* * *

"Gran Café Iris." Es un local cuadrangular, grandote, altísimo de techo, regularmente iluminado. En las mesas,



El.—¡Te prohibo que te insinues tanto con el *Saleri XII!*
Ella.—Yo creí que te gustaría que le fuese yo agradable.
El.—¡Pero es que llegas al colmo de lo agradable!

hombres del pueblo, obreros con blusa y bufanda y gorra unos; vestidos de negro, con sombrero usado, pardo, hasta los pies casi la capa, enorme y pesada, que usaron durante toda su vida; así vestían otros; alrededor de las mesas, consumiendo un brevaie obscuro que llaman café y jugando al dominó, particularmente los obreros. Al fondo y en el centro se destaca el diminuto escenario. A la derecha del espectador, el piano, y formada por bancos, una división del café; del banco allá, cerca del tablado, unos veladores y unas sillas finas. En el lugar destinado a los señoritos, que poco a poco van llegando, tiran la capa o el abrigo en brazos del camarero, se apoderan de la silla y se sientan, fumando un cigarro puro; cruzan las... piernas, miran displicentes al resto de los concurrentes y esperan que la "cupletista" aparezca. La que anuncian los espejos estas noches con blancos caracteres, se llama "Victoria Eugenia", y es "canzonetista".

Llega otro y otro señorito; hablan de que hace frío, de que han cenado bien,

Entre novios.



El.—Purita, yo necesito casa me contigo; yo no puedo pasar sin ti.

Ella.—¡Calla, miserable; me han dicho que tienes una querida!

El.—¡Para que veas si es verdad que no puedo pasar sin ti!

de que la novia de Fulano (un ausente) será coqueta después de casada... Llega otro, un poco más serio que los demás; le ríen por la tardanza los amigos y él se disculpa diciendo que ha estado ocupadísimo. Para justificar sus palabras enseña, con cierta reserva—reserva escandalosa—, unas postales artísticas de mujer que ha hecho durante el día. Las postales corren de mano en mano. Los que estamos del lado acá del banco que divide el café, sabemos, sin verlas, que son desnudos de mujer. El modo de verlas los que las tienen, lo dice a gritos. ¡Oh, la reserva! El que llevó las postales, repantingado, echa bocanadas de humo de su cigarro, y de vez en vez sonríe envanecido, diciendo: "¡Ese soy yo!"

A pesar de "la reserva" pudimos ver la postal perfectamente. Una mujer muy joven, muy bella, muy triste... había en su mirada algo de resignación, de odio; la piel tersa, lánguidamente caída sobre una especie de diván, de costado, delgada, de conjunto armonioso, las manos "feas"... De pies, sentada, boca abajo, extendida sobre el diván, la cabeza sobre los brazos, mordiendo la tela del fero. ¡Esto se veía perfectamente!... Era lo más significativo, lo más elocuente del retrato. La ira, la desesperación, el afán con que hubiera destrozado entre sus dientes, a gañafones, al fotógrafo. ¡Cómo odiará esa mujer a quien de tal manera la había retratado contra su voluntad!... Esto que nosotros suponemos, no lo sospecharía el señorito afortunado poseedor de las postales. Cuando salimos del "Gran Café Iris", la "canzonetista Victoria Eugenia" hacía pedazos la célebre romanza de "El cabo primero". La concurrencia aullaba frenética y aplaudía con manos, pies, sillas y con las fichas del dominó, a testarazo limpio sobre las mesas.

* * *

En el banco de un paseo próximo a "casa", una mujer joven refería a otra de edad que el señorito Zutano había hecho una mala acción con ella aquel día. La vieja, con pinta de "Celestina", apretaba los puños de cuando en cuando y hacía gestos de enfado. Cuando la joven terminó de referir lo de que "la había retratado", exclamó la otra:

—¡No me den más trabajo que engancharlo! ¡El vendrá a mí cuando quiera que yo le busque otra!... Te prometo que todo el dinero que tiene su padre, y es millonario, no le bastará pa medicinas!...

¡Qué despreciables son las gentes así!

Alvaro Garcés.

EL VIEJO VERDE

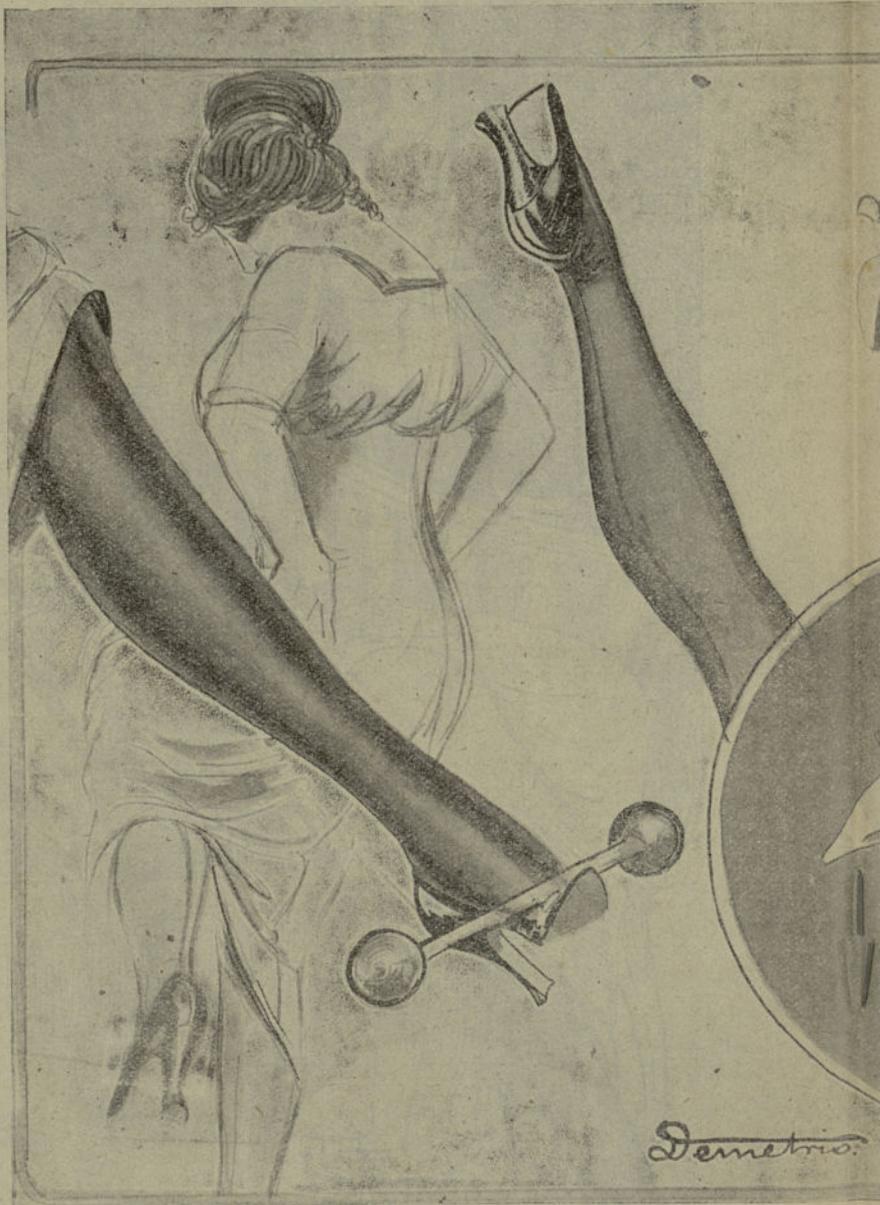


El hermano de la señora.—De esto que le ocurre a mi hermana, nadie más que usted es el culpable!

El marido.—¡Pero si yo no hago más que prohibirla que se distraiga con mis amigos!

El hermano.—¡Pues distraigala usted.... que es usted el perro del hortelano!

EL EJERCICIO QUE DEBEN HACER



Para que todas las articulaciones de la pierna conserven la elasticidad conveniente poner las piernas en alto, y en esta posición agitarlas como si estuvieran ustedes atados (ustedes mal); después, y teniendo la pierna en una inmovilidad absoluta, iniciarán como me parece que no conseguirán hacerle girar. Procurarán estar media hora de rodilla en una *jiga*, aunque en la *jiga* trabaja todo el cuerpo. Cuando estén de pie deben torcerse. Y, sobre todo, deben levantar varias veces al día una pesa de seis kilos. Mi querido amigo Luisito Blanco Soria se me enfadó un poco porque le dibujé una pierna tan delgada: en Blanco Soria todo es anguloso, afilado... ¡nosotros le hemos visto

LAS MUJERES CON LAS PIERNAS



iente es necesario que hagan ustedes un ejercicio o *gimnasia de la pierna*. Deben
as atadas por la cintura y dieran patadas en el vacío (en el vacío de uno que quieran
con el pie un movimiento muy parecido al de rotación; dig - muy parecido porque
dillas sobre un cojín (ejercicios de las rodillas). Da muy buenos resultados bañarse
rcer uno de ellos, gravitando todo el peso del cuerpo sobre el otro, y así sucesiva-
kilos; a falta de la pesa, levanten cualquier cosa; la cuestión es levantar algo.
na pierna demasiado delgada (según él); publico su caricatura para que puedan juz-
isto bañarse!-(En el próximo número, *Cómo deben sentarse en público y en privado.*)

La "entretendida".

Alguna vez pasó por nuestro lado, envolviéndonos en la estela fragante de sus perfumes, arrancando de nuestros labios un piropo y encendiendo en nuestros ojos una mirada de deseo...

La vimos luego muellemente recostada en los almohadones de su coche cruzar por la Castellana, una tarde de paseo; la encontramos, a la hora maga del crepúsculo, deambulando por las calles céntricas y deteniéndose ante los escaparates de una joyería o tienda de modas; la distinguimos después gentilmente acodada en la barandilla de un palco una noche de estreno, y más tarde, sentada ante la mesa de un restorán galante o bebiendo champán y riendo locamente durante una juerga en un colmado.

Es el tipo característico de la "entretendida" a la moda. Tiene un pisito coquetón y confortable en un barrio aristocrático; un amigo que le paga el piso, otro que le envía el coche y otro que



Una.—¿Y si no vienen esos, qué hacemos nosotras solas toda la tarde?

Otra.—¡Ya se nos ocurrirá algo!

costea los palcos y las cenas a la alta noche en los grandes restoranes.

Es rubia, de ojos azules y una belleza lánguida y perversa, o bien morena e incitante de carnales opulencias y pupilas de fiebre, que florecen entre el lirio cárdeno de las ojeras. Tiene la boca roja y fresca, los dientes blancos, la risa pícaro, el hablar mimoso.

Le gustan los poetas, y los toreros, y los músicos, y todos los hombres admirados y admirables.

Tiene cada mes un novio romántico, cada semana un "editor", cada noche un amante de corazón.

Espolea los deseos de los mozos con su encanto perverso de mujer frívola, lujuriosa y maestra en amores, y solivianta a los ancianos con el atractivo de su carne joven, perfumada y ardiente.

Es flor del siglo. La frivolidad ha tomado posesión de su cuerpo y de su espíritu. Hoy hace el más grande sacrificio por la posesión de una rica joya, y al día siguiente la malbarata para costear un capricho de "su capricho".

Algunos días se siente un poco sentimental y le gusta que le escriban cartas románticas; a la noche siguiente gusta de envolverse en un mánton de chula y recorrer de madrugada los colmados y los bailes castizos...

Por la tarde danza el tango argentino, tocado por un sexteto de tziganes, y por la noche se marca una "habanera" a los compases canallas de un piano de manubrio...

Y así van pasando por la vida estas mujeres: mujeres de una noche, amantes de una hora, locura de un instante, que saben hablarnos en todos los lenguajes y emborracharse discretamente con todos los vinos.

Son las mejores, porque no nos molestan con celos, ni nos afligen con quejas, ni siquiera nos piden a cambio un poco de cariño: dinero, unos cuantos billetes tan sólo a costa de una momentánea felicidad...

Cabecitas locas, cuerpos elegantes, razones jóvenes, ahuyentan nuestro tedio con la risa que florece eternamente en sus bocas...

...Ríen, ríen sin cesar, pasando por nuestra vida como un vértigo, aunque a veces nos arañan un poco en el corazón con sus rosadas uñas de gatita...

Julián Fernández Piñero.

A LOS SEÑORES CORRESPONSALES Y AL PÚBLICO
Por mejora de local se traslada la Administración de EL VIEJO VERDE a la Carrera de San Francisco, núm. 13.

La jamona romántica.



—¡Calle! ¿que ruido es ese? ¿será un ladrón de veinticuatro o veintiseis años?

JIRONES DE ALMAS

EL FILÓSOFO

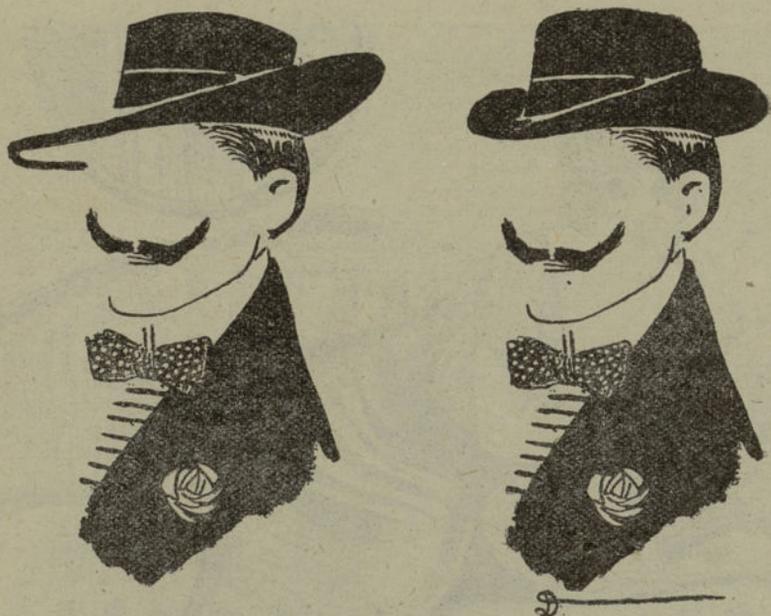
Por mirar el desnudo de su cuerpo impecable,
me vaciaron los ojos con un hierro candente;
por decir que la amaba con amor insaciable,
me arrancaron la lengua de un tirón solamente.

Amarrado a la cola de un caballo salvaje,
fui vertiendo mi sangre por las calles de Roma,
por besarle a la postre de un continuo espionaje
una mano más blanca que una blanca paloma.

Luego supe, ya muerto, que esta altiva princesa
dió a beber el almíbar de sus labios de fresa
a un esclavo leproso que tenía mi faz.

Me invocó muchas veces entre espasmos la hermosa,
y sentí no ser carne de la carne asquerosa
que usurpaba mi puesto, para hacerla gozar.

Angel G. Lugea.



No tratamos de hacer la presentación del brillante articulista de *El Liberal*, el más autorizado escritor de asuntos militares es bien conocido; pero lo que saben pocos es que aquél Bejarano, propietario de un sombrero airoso y un bigote divinamente *instalado*, era el *copropietario* de las sonrisas de las mujeres guapas. Bien; pues ahora no sabemos dónde ha adquirido el sombrero con el que aparece en el grabado, conforme se entra a la derecha, que parece *talmente* un..... no queremos decirlo por si se molesta el gremio. Desde que lleva ese sombrero no le sonríen las mujeres, ¡quién! ¡Que se le quite *eso* de la cabeza!

Páginas de tristes vidas.

El tinglado de Arlequín.

Arlequín ríe sin cesar, haciendo sonar los cascabeles de su tirso; siempre hay una mueca de desprecio en la enjuta faz del polichinela, contraída por el esfuerzo de su loca sonrisa; no es que intente mofarse de los demás, ni que de su pecho esté ausente ese misterioso duendecillo llamado Amor, que nos trae cariño y placeres, envolviendo nuestro corazón en fantástica urdimbre... ¡No!...

El mundo desprecia a Arlequín, que es, sin duda, un ser muy noble; ya que el protagonista de esta farsa vive errante, sin hogar y sin familia, arrojando desgracias y siendo un vil fantoche; tenedle compasión, porque si su pecho apenas siente, su rostro embadurnado tiene muecas y ríe locamente para di-

vertir a las multitudes; no es suya la culpa.

Escuchad el porqué de su risa, ahora que la noche todo lo envuelve en las tinieblas de su manto y las lágrimas de luz de las estrellas caen como signo de dolor sobre el tinglado de Arlequín...

Unióse a una mujer bellísima, causa de su perdición. Aborrecido cuando se creía amado, al brusco despertar que le sacaba del ensueño más feliz de su vida, para mostrarle la realidad tangible y desesperante, sintió fiero arrebató y no vaciló en cerrar para siempre aquellos lindos ojos que le mintieron miradas pasionales, en hacer que enmudeciese la dulce y fresca boca de su esposa, nido de ósculos que le fueron prodigados con más repulsión que cariño.

Y hundió su puñal hasta el pomo en el corazón de la hembra infame que lleva-

ba grabada con tierno afecto la imagen de otro hombre.

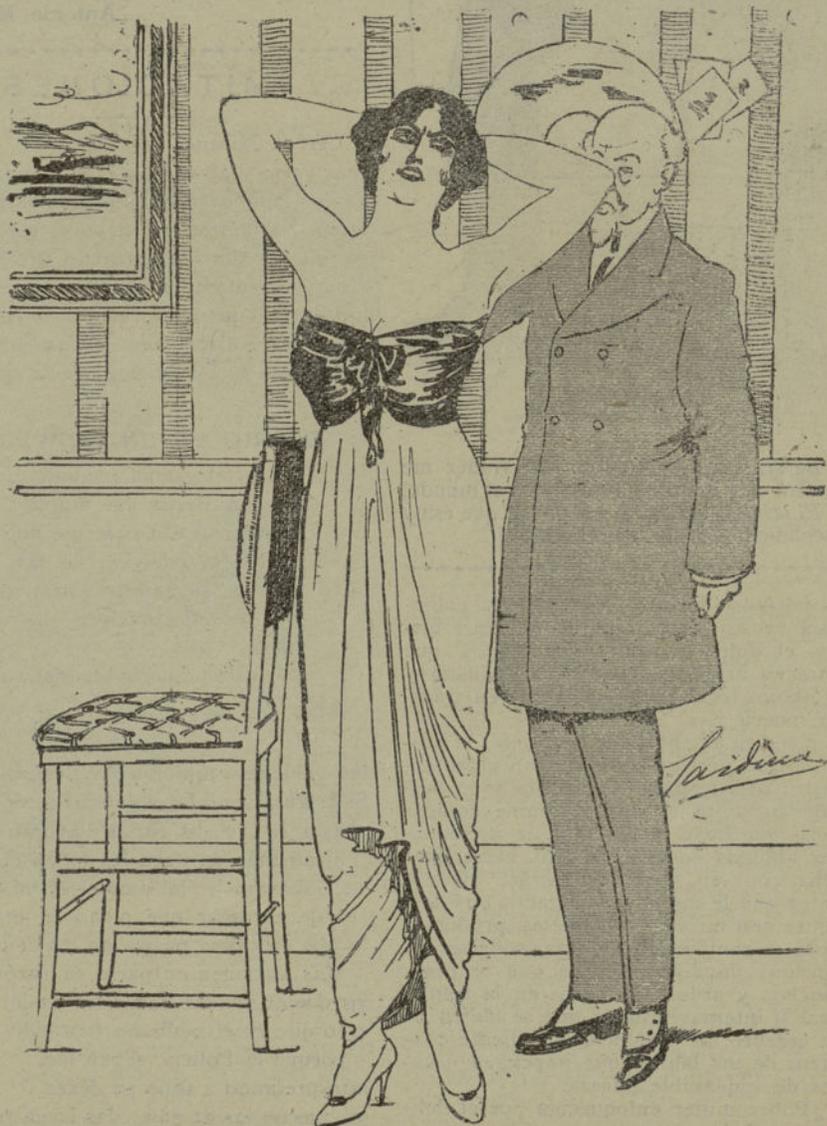
Enloqueció desde aquel día, y, al perdurar en su mente un triste recuerdo, porque cree ver constantemente el cadáver de la mujer adúltera acuchillado por su justiciera mano, blandiendo el tirso cual si fuera un puñal, sobre su tinglado ríe Arlequín...

Alma que sufre.

En mísero lecho, mal cubierta de harapos, presa de febril delirio, se halla una mujer joven, que es como esas carmíneas rosas tronchadas en la plenitud de su vida y belleza por el cierzo traidor.

Debió ser muy linda; cruel enfermedad desdibujó las magistrales líneas de

Glorias pasadas.



El general. ¡Te equivocas conmigo: yo he tomado una trinchera a la bayoneta y he despanzurrado a todo el que se me ha puesto por delante!

Ella. — ¡Mira mira: dejate de tonterías y demuéstrame lo de la trinchera,

Criado de confianza.



La señora.—Ay, Pepito; esta viudez me matará de tristeza! ¡Estoy sola en el mundo!
El criado.—¡Señora, no olvide que estoy incondicionalmente a sus órdenes!

su hermoso busto; el ardor de la calentura prestó a sus ojos centelleante brillo, el dolor enclavijó sus manos, que parecen lirios tronchados, la angustia y el ahogo fruncieron sus labios en trágica mueca.

Hembra amante, flor de estufa; la desgracia te persigue y goza con atormentarte; naciste para ser amada y te desprecian; obra es de tu infame compañero, que huye de tí, lejos de permanecer algunas horas a tu lado, haciéndote feliz con un poco de cariño, de ese amor que le mendigas, pagando sus desdenes con miradas pasionales, prodigándole, a cambio de ofensas, sonrisas de perdón; dándole, después que te pega, muchos y ardorosos besos en la frente, cual si intentases hacer que se alejen de su cerebro las pasiones, al ardiente contacto de tus labios, que imprimen ósculos de indefinible pureza.

¡Pobre mujer enloquecida por el delirio: sueña!...

Imagínate que tu esposo es bueno, honrado, noble; piensa en que estás ya

buena y que os amáis mucho; que vuestra ventura es perdurable, que él te idolatra;... mas vuelve en tí un momento y, abandonando esos sueños color de rosa, procura ocultar la pequeña cantidad que te regaló, caritativa señora apiadada al ver tu precaria situación; pronto ha de llegar él, tu marido...

¿Tiemblas?... ¡Pobre! Torna a soñar, sigue envuelta en sonrosada neblina... en cuanto a tu esposo... ¡no sufras ni llores!; ¡¡te idolatra!!...

Antonio Moya.

IMITACIONES

Carlos Miranda es el crítico festivo más vario y ameno en la actualidad. Sus estilos, aunque múltiples, son característicos. La métrica no tiene secretos para él, que la domina hasta lo inverosímil. Como mi intento no es emular a nadie, sino simplemente dar una idea de su estilo, séame disculpado este trabajo si es solamente una vaga idea de lo que pretendo.

DIARIO DE UN COPLERO

Un telegrama recibido ayer dice que en Berlín las mujeres, indignadas con el Gobierno, que no resuelve la cuestión de las subsistencias, se amotinó, asaltando varios establecimientos de comestibles.

(De un periódico de la noche.)

¡Hay que ver! ¡Vive Cristo!, cómo es-
[tán

las pacientes mujeres de Berlín.

Si la guerra no llega pronto al fin,

¿hasta dónde sus furias llevarán?

Si además de negarles hasta el pan su Gobierno feudal dice —¡A mí plin!— ¿es de extrañar que pidan en motín lo que en calma pasiva no les dan?...

Mas si tienen en parte su razón, yo que juzgo las cosas sin pasión creo que en el pedir no han sido cortas, porque la Policía, según leo, interpretando a tono su deseo, ya que no las da pan... las larga tortas...

Por la vil parodia.

Fidel Prado.

VIEJO VERDE

Las que se van.

Doña Carmen cosía junto al balcón, con sus gafas puestas y un gran cesto lleno de ropa blanca al alcance de la mano, cuando Rosaura empujó violentamente la puerta del comedor y entró.

—Buenas tardes, doña Carmen.

—Adiós, hija mía. ¿Qué te trae a estas horas por aquí?

—Vengo a despedirme de usted.

—¿Dónde vas?

—A Madrid.

La anciana levantó los ojos y miró

Blanquita Hungría.



Bueno; además de que retuerce de bonita, es una excelente cupletista y bailarina. Con esta muchacha seríamos capaces de apagarle los fuegos al acorazado más acorazado. ¡Rediez, que tía!

En el Teatro Romea ha hecho que más de un espectador mordiera en el cogote al que tenía enfrente.

Ahora actúa en el Alvarez Quintero, donde siguen los mordiscos.

Nosotros también... pero, no; perdona Blanquita.

EL VIEJO VERDE



Una.—A mi me da el marqués mil quinientas pesetas al mes.

La otra.—Pues a mi me ha puesto *ese* un taxímetro.

atentamente a su joven interlocutora por encima de las gafas. Fué una mirada singular, en la que hubo extrañeza, compasión, y hasta un barrunto casi imperceptible de envidia. Pasado el primer momento de sorpresa, repuso:

—Supongo que ese viaje durará poco tiempo.

—Haré cuanto pueda por que dure toda mi vida.

La costura cayó de las manos regordetillas y trémulas de la viejecita.

—¡Cómo! — exclamó, quitándose las gafas—. ¿Quién te ha sugerido esa locura?

—Nadie. Pero quiero ir, conocer mundo, recorrer otras ciudades... especialmente Madrid, corazón y cerebro de España. En Madrid viven los grandes aventureros, los capitalistas más fuertes, los mejores artistas, los mayores placeres... ¿Uted ha vivido allí alguna vez?

—Sí... muchos años—repuso la anciana con voz doliente.

—¿Cuándo era usted joven?

—Sí.

—¿Y después?

—Después, cansada de la febril existencia cortesana, me retiré a este pueblecito, en donde he logrado embrutecerme y ser casi feliz.

—¡Oh!—exclamó Rosaura con arrebatado—. La envidio a usted; yo jamás hubiese logrado avenirme a un tan desventajoso trueque de escenarios. Me gustan las ciudades populosas, sueño con los pueblos cosmopolitas que aturden al extranjero con el ruido de sus coches y el intenso resplandor de sus focos eléctricos.

Peroró apasionadamente, explicando las ambiciosas fantasías que hacia la corte la arrancaban. Doña Carmen, entretanto, titubeaba la cabeza con aire de duda.

—Usted no puede medir el alcance de mis propósitos—dijo Rosaura—, porque usted, de seguro, siempre vivió pacíficamente... Usted, doña Carmen, desconoce el mundo; Madrid simboliza y abrevia las quimeras más galanas de los ambiciosos.

—Ya lo sé, pero ¡cuán contadas son las ambiciones que ese Madrid, tan querido y tan ingrato, respeta!...

—Allí están los que triunfan.

—Sí ...y también los vencidos, los fra-

casados, que yacen en la miseria devorados por el estéril rencor de los impotentes.

Aquella oposición exasperó a Rosaura. —¿Usted qué sabe?—dijo.

—Lo sé todo—murmuró su interlocutora—; lo sé todo... No lo dudes... Madrid es el abismo devorador de muchas medianías; la lucha allí es demasiado grande...

Entonces Rosaura, llena de valor y de fe en sí misma, enumeró las armas de que disponía para librar aquel combate decisivo. Era joven, bella, elegante, tenía buena voz... Desde luego pensaba dedicarse al teatro.

—Además—dijo—no quiero casarme; el matrimonio ofrece horizontes demasiado burgueses. Prefiero la protección de un hombre influyente que me proteja y aúpe...

Doña Carmen continuaba cosiendo y moviendo la cabeza con aire incrédulo. Los hombres influyentes que se interesen realmente por una actriz anónima, son muy raros; los excesos de la orgía estropean la voz; la belleza se pierde,

(Se continuará.)

Imprenta de "El Mentidero", Carrera de San Francisco, 13.-Madrid.

ANUNCIOS TELEGRAFICOS

Cinco céntimos palabra.

FOTOgrafías artísticas del natural. Catálogo (francés o italiano). P. 1 sellos españoles. Leonard Sucer, 228 Rua Barao S. Cosme, Oporto, PORTUGAL.

A «Una muchacha despechada y enfurecida que quisiera vengarse de Demetrio»
Señorita; no se ponga usted así; usted aunque delgada puede tener las piernas bonitas; en el próximo número le brindo una pierna delgada para que vea que también me gustan y que tienen sus encantos.

En establecimiento centrico necesitan un chico que sea de Cuenca.

En esta redacción necesitamos medios chicos aunque sean de Valdepeñas.

Quiero Luis: en mi casa noto con el susto consiguiente que me falta una liga; envíamela si la encuentras si no dímelo para mandarla a buscar a casa de Juan o Pedro o de Arturo.—tuya Aurora.

Muy pronto "Frívola."

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían a provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo o sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos o un dollar.—Los pedidos, con su importe, dirigir se únicamente a Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (Casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas.